

Celebramos hoy la fiesta del Corpus Christi, también conocida como la fiesta de la Eucaristía, el Santo Sacrificio, la Cena del Señor, la Fracción del Pan, la Comunión, el Santísimo Sacramento del Altar, el pan de ángeles.

Son muchas las riquezas espirituales que contiene este misterio de nuestra fe, pero me quiero detener solamente en tratar de comprender que la Eucaristía es el pan de los que van de camino.

Cuentan que un día el monje Yosef decidió emprender una peregrinación a un lugar santo situado a muchos kilómetros y rodeado de montañas, ríos y barrancos. Comunicó su proyecto a otro monje que vivía en un monasterio rico. Cuando éste escuchó la propuesta y estudió detenidamente los pormenores del viaje, preguntó a Yosef: Pero ¿qué llevas para el viaje?

El pobre Yosef contestó: un jarro y un plato de aluminio. Recogeré agua con mi jarro y cuando sienta hambre pediré alimentos con mi plato. El anacoreta rico le dijo que él llevaba años queriendo hacer esa peregrinación, pero que no había podido reunir aún todo lo que necesitaría para el viaje. El pobre se fue solo. Y un año después, cuando volvió supo que el rico aún no se había puesto en camino porque todavía le faltaba algo.

Inspirados en la Palabra de Dios, los invito a tomar dos decisiones trascendentales para nuestra vida cristiana. La primera es emprender la peregrinación. Los creyentes tenemos que afianzar la idea de que vamos de camino, somos peregrinos hacia la casa del Padre. Nos lo

recuerda el Santo Padre que somos una iglesia sinodal, que hace camino. El lugar donde vivimos es el camino, porque no tenemos una casa permanente aquí en el mundo.

Fácilmente y con frecuencia nos sucede como aquel monje rico, que le faltaba algo para ponerse en camino. Una de las decisiones más importante del pueblo judío en toda su historia fue ponerse en camino hacia la tierra prometida. Caminando por el desierto fue donde mejor comprendió la identidad y la grandeza de Dios, y asimiló su condición de pueblo elegido, y que su vida es un éxodo.

La decisión más importante de los seguidores de Jesús fue abrir las puertas del cenáculo, dejar atrás el miedo y emprender el camino. Y en esa experiencia hostil fue donde comprendió a profundidad que es el nuevo pueblo de Dios que camina hacia la Jerusalén del cielo.

Por eso que la segunda decisión trascendental es llevar el jarro y el plato para recibir la comida que sirve de viático para el camino. La palabra viático terminó indicando en el lenguaje cristiano la última eucaristía, la que se recibe en punto de muerte; pero su significado es mucho más amplio. Es en realidad el alimento de los viajeros porque sostiene durante todo el camino de esta vida, no solamente el paso a la otra vida. En el camino hacia la tierra prometida, el maná se convirtió en el alimento del pueblo peregrino y forastero.

Si el libro del Génesis nos recuerda a “Melquisedec, rey de Salén, sacerdote del Dios altísimo, que sacó pan y vino y bendijo a Abran”, (Gen 14, 18) san Pablo nos recuerda a “Jesús en la noche en que iban a entregarlo, tomó un pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por ustedes. Hagan esto en memoria mía.» Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre; hagan esto cada vez que lo beban, en memoria mía.» (1 Cor 11, 23 ss). El Pan y el vino se convirtieron en el alimento para el camino de la Iglesia naciente.

Jesús, actuando proféticamente, visualizando la Eucaristía, no puede despedir a la gente con hambre, y pide a sus discípulos “denle ustedes de comer” (Lc 9, 13), y solo los puso en camino cuando “comieron y se saciaron” (Lc 9, 17). La Eucaristía es el pan que los discípulos deben dar a la Iglesia, y que en el plato y en el jarro que llevamos debemos recibirlo como alimento para el camino. No puede haber creyente, familia cristiana ni iglesia sin Eucaristía; morirá de hambre. La Eucaristía, proféticamente visualizada en el pan y el vino, se convierte en el alimento esencial e infaltable para el pueblo de Dios.

Cuando nos alimentamos de la Eucaristía, vivimos a la espera de su venida, nos impulsa a mirar contantemente hacia adelante y a sentirnos viajeros en este mundo, gente en camino hacia la patria. La Eucaristía nos permite gustar, ya ahora, las primicias de la vida eterna.

Dos decisiones infaltables, emprender la peregrinación y llevar el jarro y el plato para recibir el pan y el vino, que son el cuerpo y la sangre del Señor, que nos sostienen durante el camino.

* Presbítero Apostólico de San Andrés y Providencia